

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

HOJA 27

EVANGELIO DE LA SEMANA

Lc 24, 35-48

Contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice:

- Paz a vosotros.

Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma.

Él les dijo:

- ¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

- ¿Tenéis ahí algo que comer?

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo:

- Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse.

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió:

- Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.

Esta semana: **MISIÓN:** Conocer la nueva esperanza y entender su misión

VERDADES ESENCIALES DE LA FE: El encuentro con el Señor una esperanza viva...

Conocer la nueva esperanza y entender su misión



Los apóstoles, los discípulos y demás amigos de Jesús sufrieron con su Pasión y Muerte una formidable sorpresa y una gran decepción: podían entender la persecución y las calumnias de que fue objeto el Maestro; habrían asumido las vejaciones que recibió durante el ignominioso proceso religioso-civil al que fue sometido; pero verle morir finalmente en la cruz, sin que las legiones celestiales acudieran al rescate de su Rey Mesías fulminando al poder que le sentenció y a los inductores y ejecutores de su muerte, eso no entraba en su pronóstico. Eso no era lo que ellos habían creído que iba a pasar.

{¿Alguno de nosotros, los que vivimos dos mil años después en un entorno mucho más materializado y orientado al hedonismo y al éxito inmediato, podemos asegurar que no habríamos entendido y creído lo mismo?}.

➤ Al amanecer, las mujeres que le acompañaron hasta el final, se pusieron en marcha: había que terminar de embalsamar el cuerpo del Señor. Habían salido tan temprano y con tanta prisa e impaciencia, que olvidaron sus dificultades para remover la piedra de la entrada (*“¿Quién nos ayudará a quitar la piedra del sepulcro?”*). El choque emocional, la piedra removida, fue tremendo y su reacción, lógica (*“Se volvieron corriendo a la ciudad para contárselo...”*), pero impensada; ni siquiera repararon en mirar dentro del sepulcro (*“se habían llevado al Señor”*). No hacía falta; se lo habían llevado y había que a decírselo al demás.

➤ Tomás le había avisado a Jesús: *“Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?”*. Y Felipe insiste: *“Señor, enséñanos al Padre y nos basta”*. Pruebas evidentes, visibles, físicas. *“Si no veo... y no meto mi dedo... y mi mano..., no creeré”*. Y todo esto, después de tres años de enseñanzas y del repaso que, nos cuenta Juan, les dio Jesús la noche de la última cena. Está claro que, todavía, el mundo de Jesús no era su mundo. Este mundo.

➤ María dentro del sepulcro, postrada ante la sábana y el sudario que cubrieron a su Señor y Maestro, oyó una voz a su espalda: *“Mujer, ¿por qué lloras?”* ... Lo confundió con el jardinero. Sólo al escuchar: *“¡María!”*, ella reconoce su voz y se vuela (*“¡Rabbuni!”*) y se abraza a sus pies (sí, como tantas veces), y corre nuevamente a contárselo a los demás discípulos.

➤ *“-¿De qué vais conversando? -¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que desconoces...? – ¡Y nosotros que esperábamos que iba a ser él el liberador de*

Israel!... y el Forastero: ¿No tenía que padecer eso para entrar en su gloria?”. Cuando lo advirtieron, volvieron a Jerusalén (“¿no se abrasaba nuestro corazón...”) y contaron cómo lo habían reconocido “al partir el pan”. El grupo de los discípulos, ocultos por miedo a los judíos (“con las puertas bien cerradas”), estaban hablando de ello, desconcertados y desorientados ante las apariciones contadas, cuando se presentó Jesús en medio de ellos: “Paz con vosotros... Como el Padre me envía, yo os envío... Recibid el Espíritu Santo... y sopló sobre ellos”.

Y ese soplo, como reconfortante aliento, resolvió sus dudas y sus miedos (“Señor, tú tienes palabras de vida eterna”), abrió sus corazones a la verdadera (Nueva) esperanza (“Señor mío y Dios mío”) y adecuó su entendimiento (“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”) a la nueva vida patente en el Resucitado y a la misión que les estaba reservada: “Apacienta mis ovejas. ... Tú, sígueme”.

EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR, UNA EXPERIENCIA VIVA

Después de los acontecimientos que llevaron a Jesús morir en la cruz. No había esperar nada. Dispersados por el miedo, el fracaso y la desesperanza, “el movimiento de” Jesús estaría acabado.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, los discípulos, congregados de nuevo, salen a la calle para gritar, aún a costa de su vida, una locura a oídos de judíos y gentiles: “¡Vive!”; y de este modo, la fe en el resucitado se convierte en el germen de la nueva comunidad.

¿Cómo explicar este giro inesperado cuando todo parecía tocar a su fin? ¿Qué sucedió?

Los Evangelios y Pablo en primera persona, nos da la clave:

“Se nos ha dado a ver”,

“Dios ha resucitado a Jesús y nosotros somos testigos”

Este encuentro real y esta experiencia viva de encuentro con Cristo resucitado van a transformar de manera radical a aquellos que poco antes le habían abandonado y sentido bochorno y fracaso.

Están tan seguros, contra todo pronóstico, que los evangelios no tienen miedo a presentar como primer testigo del Resucitado a María Magdalena, sabiendo que corrían el riesgo de que su testimonio no fuera



socialmente aceptado por tratarse de una mujer. (Mc 16,9-11; Mt 28,9-10; Lc24,16; Jn 20,10-18)

Pablo nos deja uno de los testimonios más antiguos de la fe en las apariciones del Resucitado: *“Hermanos, os recuerdo el evangelio que os anuncié, el que aceptasteis, en el que permanecéis firmes, y por el que os salvaréis, si lo retenéis tal y como os lo anuncié, pues de lo contrario habríais creído en vano. Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Pedro y luego a los doce: Se apareció también a más de quinientos hermanos de una vez, de los que la mayoría viven todavía; otros murieron. Luego se apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; y después de todos, como a uno que nace antes de tiempo, también se me apareció a mí”* (1 Cor 15, 1-8)

Jesús Resucitado tomó la iniciativa de salir al encuentro, y se apareció a María Magdalena, Pedro y el resto de los apóstoles, que atestiguaron con su vida y su palabra que se han encontrado con el mismo Jesús a quien las autoridades del pueblo habían ejecutado.

La ambigüedad del hallazgo del sepulcro vacío se ve así iluminada a la luz de las apariciones del Resucitado. Todo adquiere nueva luz y nuevo sentido.

ORACIÓN

¡Aleluya, Señor, es nuestro canto y nuestro himno! ¡Aleluya, Señor, es el nuevo cantar del corazón! ¡Aleluya, Señor, es la alabanza en la asamblea!

¡Aleluya, Señor, es el regocijo hecho grito de los que aman! Gracias, Padre, por lo mejor que nos has dado: tu Hijo Jesucristo. Gracias, Señor, por el amor que nos tienes. ¡Gloria a ti Señor!